



“USTED NO SABE QUIÉN SON YO... TAMPOCO QUIÉN ES USTED”

Myriam Ríos Madrid

Docente del Programa de Psicología
Funlam

En un país sensacionalista en el que los borrachos protagonizan todos los días accidentes mortales, el caso de uno, que no dejó muertos, pareciera ser poco trascendental. Pero no fue así, me refiero al caso del ciudadano que en días pasados movió los medios de comunicación y las redes sociales a raíz de la famosa frase “usted no sabe quién soy yo”, frase que junto con la actitud orgullosa, desafiante, grosera y clasista exhibida por el borracho en cuestión, generó por parte de los observadores rabia, risa, chistes, desprecio, insultos hacia este personaje tan colombiano, tan cotidiano, tan digno exponente de nuestra idiosincrasia.

Personalmente, este ciudadano me produjo lástima, y me hizo pensar en el ridículo que hacemos los seres humanos cuando nos paramos en una posición de suficiencia y orgullo como la exhibida por este pretensioso ebrio.

Esa histórica frase: “*usted no sabe quién soy yo*” lanzada al desconcertado policía y seguida de la mención del apellido de un famoso político, muestra no sólo la pedantería de este individuo, sino, a mi parecer, el despotismo, el orgullo, el desprecio que solemos exhibir los seres humanos frente a los otros.

En este sentido, este mediático caso puede ilustrarnos bastante bien sobre la naturaleza humana, sobre los seres humanos, criaturas complejas que bajo el

ropaje de los apellidos, los títulos profesionales, la clase social o la raza, escondemos lo que verdaderamente somos, escondemos, entre otras cosas, el desprecio por el otro, el odio, la agresividad, la envidia, el egoísmo, aspectos que sacamos a relucir en la primera oportunidad, ya sea de forma directa, o indirectamente a través de chistes, burlas, ironías o sarcasmos.

Igualmente, este ridículo personaje, inflado de orgullo, tratando de salir airoso de una situación cotidiana, se hace universal, nos muestra ese orgullo milenario que ha exhibido el ser humano creyéndose superior, no sólo a las demás criaturas de la naturaleza, sino, cada uno, cada ser humano, en el estrecho ámbito de su psiquis, viéndose como superior a sus congéneres.

Al respecto, pretendo traer hoy, algunos planteamientos que sobre el ser humano hicieron dos grandes pensadores, Schopenhauer y Freud, planteamientos, que considero, tienen, en esta convulsionada y apocalíptica realidad actual, gran importancia, gran validez a la hora de abordar el asunto del comportamiento de esta enigmática criatura llamada ser humano.

Para comenzar, quisiera presentar una mirada general del ser humano hecha por Schopenhauer:

El hombre es el más desnudo de todos los seres. No es nada más que voluntad, deseos encarnados, un compuesto de mil necesidades. Y he ahí que vive sobre la tierra, abandonado a sí mismo, inseguro de todo, excepto de su miseria y de la necesidad que lo oprime. A través de las imperiosas exigencias renovadas a diario, los cuidados de la existencia llenan la vida humana. Al mismo tiempo le atormenta un segundo instinto, el de perpetuar su raza. Amenazado por todas partes por los peligros más diversos, no basta para librarse de ellos una prudencia siempre despierta. Con paso inquieto, echando en torno suyo miradas de angustia, sigue su camino, en lucha con el azar y enemigos sin número. Así iba a través de las soledades salvajes; así va ahora en plena vida civilizada. No hay para él seguridad ninguna. (Schopenhauer, 2003: 73-74).

Como puede verse, Schopenhauer pone al ser humano en un plano absolutamente terrenal, el hombre es una criatura indefensa que se da tumbos contra una realidad amenazante que lo angustia constantemente, angustia que no parece mitigar ni siquiera la cómoda vida civilizada, ya que la cotidianidad lo desafía cada minuto, le pone retos, le exige una y mil cosas, le acosa con múltiples tareas.

Ahora bien, veamos cómo concreta Freud estos peligros que amenazan al ser humano:

... ya nuestra constitución, pues, limita nuestras posibilidades de dicha. Mucho menos difícil es que lleguemos a experimentar desdicha. Desde tres lados amenaza el sufrimiento; desde el cuerpo propio, que destinado a la ruina y la disolución, no puede prescindir del dolor y la angustia como señales de alarma; desde el mundo exterior, que puede abatir sus furias sobre nosotros con fuerzas hiperpotentes, despiadadas, destructoras; por fin, desde los vínculos con otros seres humanos. Al padecer que viene de esta fuente lo sentimos tal vez más doloroso que a cualquier otro; nos inclinamos a verlo como un suplemento en cierto modo superfluo, aunque acaso no sea menos inevitable ni obra de un destino menos fatal que el padecer de otro origen. (Freud, 1979: 76-77).

Nuevamente tenemos ante nosotros la visión del hombre como un ser supremamente indefenso, débil, cuya existencia se juega día a día en el terreno del inexorable tiempo que golpea brutalmente al cuerpo; de la naturaleza, cuyos designios la magnífica ciencia humana no ha podido conjurar definitivamente, y, de los otros seres humanos, cuya relación es una fuente constante de tensión, de malentendido, de rivalidad, como bien lo ilustra la bochornosa situación que dio pie al título de este ensayo.

Desde el punto de vista freudiano, el hombre no es una criatura feliz, salvo en algunos momentos fugaces de dicha, pero, en general, la existencia humana es difícil, dolorosa, una lucha constante por sobrevivir al interior de una cultura, que hace grandes exigencias y pone restricciones; por sobrevivir en un ambiente social cargado de requisitos, mandatos y malentendidos.

Ahora bien, frente al sufrimiento humano, Schopenhauer es aún más contundente:

Querer es esencialmente sufrir, y como vivir es querer, toda vida es por esencia dolor. Cuanto más elevado es el ser, más sufre... la vida del hombre no es más que una lucha por la existencia, con la certidumbre de resultar vencido... la vida es una cacería incesante, donde los seres, unas veces cazadores y otras cazados, se disputan las piltrafas de una horrible presa. Es una historia natural del dolor, que se resume así: querer sin motivo, sufrir siempre, luchar de continuo y después morir... y así sucesivamente por los siglos de los siglos, hasta que nuestro planeta se haga trizas. (Schopenhauer, 2003: 79).

En suma, dolor, sufrimiento infinito al que el ser humano no ha podido sustraerse, poner límite; la historia humana ha sido una sucesión de hechos desastrosos, de muerte, de dolor, situación que no ha mejorado mucho, al contrario, parece empeorar, a pesar de los grandes avances tecnológicos, de

nuestra inflada inteligencia de primates superiores; para corroborarlo, basta dar una mirada al panorama mundial actual.

A propósito de lo que presenciamos cada día en la televisión, ahora que podemos ver en vivo y en directo las consecuencias del daño que el ser humano ha hecho a la tierra, a esa, que algunos llaman tan edípicamente “la madre tierra”´, a propósito de los destructivos, de los arrasadores fenómenos naturales que presenciamos a diario, veamos lo que decía Schopenhauer en su época, poniendo a hablar a la naturaleza:

Desde el punto de vista general (...) la naturaleza habla de este modo: “el individuo no es nada, y menos que nada. Destruyo a diario a millones de individuos, por mero juego y entretenimiento; dejo su destino a merced del más variable y caprichoso de mis hijos, el azar, que los acosa según le place. Son también millones los que creo a diario, sin que por ello mengue en lo más mínimo mi fuerza productiva, como no mengua la de un espejo por numerosos que sean los rayos del sol que sucesivamente proyecta sobre una pared. El individuo no es nada. (Schopenhauer, 2011:115).

Es un hecho que en el momento actual, la naturaleza más que hablar parece gritar su indisposición frente a un ser humano que la ha explotado, acosado, exprimido, que ha abusado de manera inmisericorde de ella, atropello ante el que ella parece responder con una violencia ciega, bajo la cual perecen miles de seres humanos abatidos como moscas por tsunamis, terremotos, inundaciones, deslizamientos, tornados y otros fenómenos naturales. En estos fenómenos, la naturaleza suele mostrarse, cada vez con más frecuencia, como omnipotente, como la verdadera dueña de la situación; ante su fuerza, el hombre se queda mudo, paralizado; sus embestidas son fuente de sufrimiento, de desasosiego, muestran con contundencia el rostro de la muerte, el poder de la temida muerte encarnada en la inexorable natura.

Como se mencionó anteriormente, para Freud las relaciones humanas son una fuente de sufrimiento, veamos que piensa Schopenhauer del hombre frente a sus semejantes:

Cada cual se hace el centro del mundo, lo refiere todo a sí. Hasta los más grandes trastornos de los imperios se consideran ante todo desde el punto de vista del propio interés, por ínfimo y remoto que pueda ser. ¿Hay contraste más pasmoso? De una parte ese interés superior y exclusivo que cada cual se toma por sí mismo, y de la otra esa mirada indiferente que echa a todos. Hasta es una cosa cómica ese convencimiento de tantas personas que obran como si fuesen las únicas que tienen una existencia real y como si sus semejantes sólo fueran vanas sombras, puros fantasmas. Para pintar la enormidad del egoísmo con una hipérbole llamativa, me he fijado en esta: “muchas gentes serían

capaces de matar a un hombre para tomar la grasa del muerto y untarse con ella las botas”. Sólo me asalta un escrúpulo: ¿será esto una hipérbole? (Schopenhauer, 2003: 90).

Es claro que Schopenhauer no tiene una opinión muy favorable de las relaciones humanas, nos presenta el desprecio del ser humano por sus semejantes, el egoísmo llevado a su máxima expresión; el hombre es un ser egocéntrico que la mayoría de las veces sólo piensa en su bienestar.

Por su parte, Freud, nos muestra al ser humano como poseedor de una agresividad desbordada:

... El ser humano no es un ser manso, amable, a lo sumo capaz de defenderse si lo atacan, sino que es lícito atribuir a su dotación pulsional una buena cuota de agresividad. En consecuencia, el prójimo no es solamente un posible auxiliar y objeto sexual, sino una tentación para satisfacer en él la agresión, explotar su fuerza de trabajo sin resarcirlo, usarlo sexualmente sin su consentimiento, desposeerlo de su patrimonio, humillarlo, infligirle dolores, martirizarlo y asesinarlo. *“homo homini lupus*. (Freud, 1979:108)

La famosa frase de Hobbes “el hombre es lobo para el hombre”, es traída aquí por Freud para ilustrarnos mejor sobre ese potencial agresivo que encierra esa criatura tan particular, el hombre, que a diferencia de los otros animales, encuentra cotidianamente motivos para desafiar a sus semejantes, para ponerse por encima de ellos, para, ante el más mínimo roce, mostrarles sus dientes, amenazarlos, y, por supuesto, pasar al acto, atacarlos, declararles la guerra, sentar rivalidades indefinidas, tomarlos prisioneros; no sólo la política es un buen ejemplo de ello, también la vida cotidiana en los hogares, las escuelas, las unidades residenciales, los barrios, las ciudades, espacios todos que destilan odio, intolerancia, agresividad, muerte.

Ahora bien, para Schopenhauer, el egoísmo humano es tan fuerte, que cuando se hace a un lado, es digno de admiración, se constituye en un suceso extraordinario: “entre hombre y hombre se abre siempre, como una ancha fosa, el EGOISMO. Si uno salta realmente alguna vez por sobre ella para ir en ayuda del otro, es como un milagro que cosecha asombro y aplauso” (Schopenhauer, 2010:113).

Es bueno reconocer que el panorama no siempre es tan negro, también, hay historias, podríamos decir bellas, tiernas, conmovedoras, protagonizadas por seres humanos que ayudan, auxilian, que tienden la mano a sus semejantes; seres humanos que resignan en buena medida sus exigencias pulsionales y

logran una mejor convivencia con el otro, que en lugar de la escueta brutalidad ponen la palabra, la compasión, la caridad; seres humanos, pocos, por cierto, casi nunca políticos, que hacen lazo social anteponiendo el respeto, la valoración del otro, la mirada desinteresada.

Para concluir esta descripción, en una breve sentencia podríamos reunir la opinión freudiana sobre el hombre: “El hombre es un ser de inteligencia débil, gobernado por sus deseos pulsionales”. (Freud, 1916:47).

Aunque, paradójicamente, haciendo oposición a lo planteado por Freud, no son pocas las ocasiones en las que el ser humano alardea de su inteligencia, poniéndose a sí mismo como el ser más inteligente de la creación, enumerando habitualmente las grandes conquistas humanas en el terreno científico. Valdría la pena preguntarnos por qué un ser tan inteligente no ha podido resolver problemas tan antiguos de la humanidad, por ejemplo, la guerra, la desigualdad social, la rivalidad entre pueblos, la pobreza extrema, entre otros.

Ahora bien, volviendo a la frase “*usted no sabe quién soy yo*”, frase que podríamos poner frente a frente con el planteamiento de Tales de Mileto, quien, “Preguntado un día qué cosa es difícil, respondió: conocerse a sí mismo” (Laercio, 1991:17), nos da pie para pensar otro aspecto del ser humano: el desconocimiento de sí mismo en el que se halla, el olvido de sí mismo, la negación de su naturaleza más íntima, de su verdadero ser. Al respecto, veamos lo que señala Schopenhauer: “En el mundo hay sólo un ser que dice mentiras: el *hombre*. Todos los demás son auténticos y sinceros, en la medida en que se dan a conocer como lo que son y actúan de acuerdo a lo que sienten... ¡El ser humano constituye una mancha de ignominia en la naturaleza! (Schopenhauer, 2011:109).

El hombre es pues, para Schopenhauer, por antonomasia, un mentiroso, un experto en mentir, el hombre miente y vuelve a mentir, la vida social implica la mentira: “Así como nuestro cuerpo está revestido de ropa, así nuestro espíritu está revestido de *mentiras*. Nuestros discursos, nuestras acciones y todo nuestro ser son mendaces; sólo muy esporádicamente se puede discernir a través de este velo nuestro verdadero carácter, como se adivina un cuerpo tras la ropa que lleva puesta” (Schopenhauer, 2011:141).

Freud, a su vez, nos va a hablar de la hipocresía humana, tan necesaria para vivir en sociedad:

Quien se ve precisado a reaccionar constantemente en el sentido de preceptos que no son la expresión de sus inclinaciones pulsionales- entendido esto en su aplicación psicológica- por encima de sus recursos, objetivamente merece el calificativo de hipócrita sin que importe que haya alcanzado conciencia clara de ese déficit. Es indiscutible que nuestra cultura presente favorece en extraordinaria medida la conformación de este tipo de hipocresía. Podría aventurarse esta aseveración: está edificada sobre la hipocresía y tendría que admitir profundas modificaciones en caso de que los hombres se propusieran vivir de acuerdo con la verdad psicológica. Existen, por tanto, muchísimos más hipócritas de la cultura que hombres realmente cultos. (Freud, 1976:286).

La hipocresía parece ser así, condición sine qua non para el sostenimiento de la cultura, ya que se hace necesario que cada uno oculte sus tendencias pulsionales acogiéndose a la norma social. Aunque, no podemos desconocer que algunos sujetos se muestran socialmente como verdaderamente son, muestran en toda su magnitud y potencia la pulsión agresiva y sexual, asumiendo comportamientos por fuera de la norma social, de la ley.

Al respecto, Schopenhauer, quien concebía la vida civilizada como un baile de máscaras, dice:

Nuestro mundo civilizado no es más que una gran mascarada. Se encuentran allí caballeros, frailes, soldados, doctores, abogados, sacerdotes, filósofos y no sé qué más aún. Pero no son lo que representan; son simples máscaras, bajo cuyos disfraces se ocultan la mayoría de las veces buscadores de dinero... Hay también disfraces generales como los dominós en los bailes de máscaras. Estos disfraces nos representan la honradez enteramente, la finura de modales, la simpatía sincera y la amistad aparatosa. La mayor parte del tiempo, como he dicho, no hay más que puros industriales, comerciantes, especuladores, bajo todos esos antifaces, Desde este punto de vista, la única clase honrada es la de los comerciantes, únicos que se presentan como son y andan a cara descubierta. Por eso los han puesto en lo más bajo de la escala. (Schopenhauer, 2003:116).

Desde el punto de vista del filósofo, los únicos que no son hipócritas, son los comerciantes, gremio bastante antiguo, cuyos integrantes muestran siempre su verdadera cara, su ambición desbordada, son los únicos que no fingen, que no ocultan el verdadero motivo que los impulsa a actuar, el lucro, el placer de atesorar, para lo cual se apoyan en un conocimiento psicológico sencillo: la necesidad de consumo del otro, o el capricho consumista de los clientes que los lleva a ir solicitando constantemente variados objetos, que el comerciante de manera hábil, coloca en el mercado, constituyéndose así el círculo vicioso de la demanda y la oferta que mueve al mundo, que ha movido al mundo desde épocas inmemoriales, porque la insatisfacción humana no tiene fin.

Esta descripción del ser humano que hemos realizado por vía de estos dos pensadores, tan cercanos en sus planteamientos, nos permite poner nuevamente al descubierto la tontería de este personaje que cree saber muy bien quién es él, porque posee un apellido, dinero, posición social; habría que decirle que es tan desconocido para sí mismo como para los policías que tiene en frente y que tanto desprecia, amenazándolos con mandarlos para el Chocó. Valdría la pena recordarle que está hablando desde su yo y que el yo es engaño, apariencia, ilusión; que realmente no se conoce, que ese yo está radicalmente separado de su deseo, de su verdad más íntima; que cuando dice “yo” está a años luz de su deseo inconsciente; que él, ser hablante, está atravesado por una escisión radical, por un lado el yo, y por el otro, el sujeto del inconsciente; que se cree omnipotente, pero otra cosa es la realidad. Así lo señala Freud, en una hipotética conversación con el yo, esa instancia que suele alardear de su poder, le dice:

... Confías en estar enterado de todo lo importante que ocurre en tu alma porque tu conciencia te lo anuncia luego. Y cuando de algo no has tenido noticia en tu alma, supones tranquilamente que no está contenido en ella. Y aún llegas tan lejos que consideras “ánimico”, idéntico a “consciente”, es decir, a lo que te es notorio, pese a las evidentísimas pruebas de que en tu vida anímica tiene que ocurrir de continuo algo más que lo que pueda devenirle notorio a tu conciencia. ¡Deja que se te instruya sobre este punto! Lo anímico en ti no coincide con lo consciente para ti; que algo ocurra en tu alma, y que además te enteres de ello no son dos cosas idénticas. De ordinario, lo admito, el servicio que transmite noticias a tu conciencia basta para tus necesidades. Puedes mecerte en la ilusión de que te enteras de todo lo más importante. Pero en muchos casos, por ejemplo, en el de un conflicto pulsional como el mencionado, ese servicio noticioso falla y tu voluntad no llega más lejos que tu saber. (Freud, 1979:134.).

Queda claro que para Freud consciente no es equivalente a psíquico, el yo es un ingenuo que cree tener un dominio sobre la totalidad de lo anímico pero en el fondo, son muchas las cosas que desconoce:

Ahora bien, en todos los casos esas noticias de tu conciencia son incompletas y a menudo sospechosas; también sucede hartas veces que sólo llegas a conocer los acontecimientos cuando ya se consumaron y no los puedes cambiar. Aunque no estés enfermo, ¿quién podría abarcar todo lo que se mueve en tu alma y de lo cual no te enteras o recibes información falsa? Te comportas como un déspota absoluto que se conformara con las informaciones que le brindan sus consejeros áulicos y no desciende hasta el pueblo para escuchar su voz. Entra en ti, en lo profundo de ti, y aprende primero a conocerte; luego comprenderás por qué debiste enfermar y acaso evitarás enfermarte. (Freud, 1979:135).

Por esta vía, Freud se acerca a Sócrates, al estar en sintonía con la famosa frase atribuida, entre otros a este ateniense, “conócete a tí mismo”, que muchos repiten, pero pocos ponen en práctica. Frase bonita para ser repetida en reinados de belleza, libros de autoayuda y aulas de psicología, pero que no pasa de ahí,

porque el pavor del ser humano frente a sí mismo es grande, parece estar por encima de cualquier reflexión filosófica, de cualquier recomendación psicológica espiritual.

Por último, Freud da la estocada final señalando que el yo no tiene el control de la psiquis:

Así instruiría el psicoanálisis al yo. Ahora bien, esos dos esclarecimientos: que la vida pulsional de la sexualidad en nosotros no puede domeñarse plenamente, y que los procesos anímicos son en sí inconscientes, volviéndose accesibles y sometiéndose al yo sólo a través de una percepción incompleta y sospechosa, equivalen a aseverar que *el yo no es el amo en su propia casa*. Ambos, reunidos, representan la tercera afrenta al amor propio, que yo llamaría *psicológica*. No cabe asombrarse, pues, de que el yo no otorgue su favor al psicoanálisis y se obstine en rehusarle su crédito. (Freud, 1976:135).

El yo pues, desde el punto de vista freudiano, no es de fiar, lo que profiere, la mayoría de las veces, no es más que palabrería vacía, enunciada desde una resistencia a saber sobre la verdad del deseo inconsciente.

Para finalizar, diríamos que los planteamientos freudianos sobre el ser humano difieren en gran medida de otras teorías filosóficas y psicológicas, al presentar al hombre en toda su dimensión pulsional, lo cual, como señala Freud, le ha restado simpatías al psicoanálisis. Que sea el mismo Freud quien cierre este asunto: “En suma, erramos juzgando a los hombres “mejores” de lo que en realidad son” (Freud, 1976: 284).

REFERENCIAS

- Freud, S. (1979). El malestar en la cultura. Obras completas. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979). Una dificultad del psicoanálisis. Obras completas. Tomo XVII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979). De guerra y muerte. Temas de actualidad. Obras completas. Tomo XIV. Buenos Aires, Amorrortu.
- Laercio, D. (1991). Vidas de los filósofos más ilustres. México: Porrúa.
- Schopenhauer, A. (2010). Senilia. Reflexiones de un anciano. Barcelona: Herder.
- Schopenhauer, A. (2003). El amor, las mujeres y la muerte. Buenos Aires: Gradifco.
- Schopenhauer, A. (2011). El arte de insultar. Madrid: Alianza editorial.